

LA REVOLUCION PACIFICA PROMOVIDA POR EUA*

Es como dar una comida a un hombre cuando pide un empleo —un brasileño.

No está mal como trampa para nuestra balanza de pagos —un mexicano.

Un regalo para la campaña electoral del gobierno —un venezolano.

Podemos arrastrar los pies tan lentamente como ellos —un funcionario de los organismos de ayuda norteamericanos.

ASI que ahora hablan de la Alianza para el Progreso, el sueño inspirador de la revolución pacífica ideado por el Presidente Kennedy hace dos años. La política de la Alianza, tejida por las imaginaciones incansables de la Casa Blanca, planteó una alternativa: en vez de esperar a que surgiese la que sería una revolución de violencia y sangre, los países latinoamericanos, con Estados Unidos como su aliado, reformarían sus sociedades por medios pacíficos y constructivos. Al menos para empezar, los latinoamericanos respondieron ignorando el proyecto en su totalidad o interpretándolo como no más que una liberalidad para una región olvidada, o confiando en él —incluso— como una especie de brujería que les transformaría, casi de un día para otro, en naciones progresistas y prósperas del mundo moderno. El sueño del norte cayó como una piedra en el complejo corazón del sur.

Quienes manejan el proyecto imploran que se tenga sentido de las proporciones: el programa es a largo plazo y apenas se ha iniciado; se ha gastado mucho dinero norteamericano, y una parte de él de manera útil; varios de los gobiernos latinoamericanos están empezando a entender de lo que se trata y a adaptar sus políticas adecuadamente. Todo esto es verdad. La Alianza se fijó un objetivo para 10 años, y es injusto esperar resultados importantes en los 19 meses que han transcurrido a partir del momento en que sus principios fueron aprobados en Punta del Este en agosto de 1961. Los problemas de planeación y organización apenas si han empezado a plantearse. En los primeros días de la Alianza

los entusiastas incurrieron en una poco afortunada comparación con el Plan Marshall, destinado a ayudar a Europa una vez pasada la guerra. Pero el proyecto europeo implicaba una labor de reparación y creación en países que habían sido devastados por la guerra pero que poseían aún los recursos básicos de mano de obra y conocimientos técnicos, mientras que la Alianza no es únicamente una construcción sobre fundamentos casi inexistentes, sino también —siempre que se sujete a sus fines originales— un intento de persuadir a una sociedad tradicional de que cambie hasta su piel misma.

Extrayendo cifras de la nada, los economistas fijaron la cantidad de Dls. 100,000 millones en inversiones netas como la que satisfacía las necesidades básicas del plan para el período decenal previsto. De ésta, una quinta parte debía provenir del exterior y principalmente de EUA. El Sr. Douglas Dillon calculó que podrían aportarse anualmente Dls. 1,100 millones en fondos públicos norteamericanos, y que Dls. 300 millones al año serían aportados por los inversionistas privados estadounidenses, por las agencias internacionales y por otros países industrializados, respectivamente. Pero en el primer año de la Alianza, en tanto que los empresarios norteamericanos —entre otros— no pudieron contribuir con la parte que se les había asignado, el gobierno de EUA cumplió su compromiso de proporcionar Dls. 1,000 millones. Se ha criticado la manera como se gastaron los recursos públicos: cerca del 40% se destinó a transfusiones de emergencia para los países que afrontaban problemas presupuestales, y una proporción bastante grande del resto se utilizó para exhibir proyectos que podrían ser rápidamente realizados y públicamente admirados. Los fondos autorizados para proyectos a más largo plazo tuvieron que ser retenidos

* En *The Economist* de Abril 13 de 1963.

comparado frecuentemente en virtud de que los países interesados se habían atrasado en la elaboración de sus propios planes.

A pesar de este arrastrar de pies, han podido detectarse en el sur las vibraciones de una reacción cada vez más acentuada. Diez países latinoamericanos han reformado —hasta aquí— sus sistemas del impuesto sobre la renta; siete han probado leyes de reforma agraria: la prueba de ambas medidas está, desde luego, en proceso de realización. Lo que es más importante: media docena de países han producido planes integrados de desarrollo económico y social en los términos de la Alianza. De esos países, Colombia ha sido el más afortunado, pues su plan ha sido aprobado por los “Nueve Sabios” (es decir, el Comité que juzga los planes integrados de desarrollo a largo plazo), y está ahora en manos de un comité de financiamiento internacional, que habrá de decidir a quién corresponderá pagar cada aspecto o proyecto. Otros latinoamericanos —y también algunos norteamericanos— manifiestan su escepticismo en cuanto a la estabilidad política y la aptitud económica de Colombia para realizar el plan. Pero si todo se desarrolla conforme a lo previsto, Colombia se convertirá en el ejemplo de exhibición de la bonanza que puede descender sobre un país que obedece las nuevas normas interamericanas. Chile, México y Venezuela siguen en la lista a Colombia con sus planes, mientras que los proyectos enviados por Bolivia y Perú no tienen todavía ninguna oportunidad de llenar los requisitos.

Con estos logros y —lo que es más importante— con estas esperanzas ¿cómo es que la Alianza tiene todavía tan mala reputación? ¿por qué, por ejemplo, el Sr. Juan Bosch, el ilustrado nuevo presidente de la República Dominicana que tuvo cuidado de no mencionar a Cuba en su campaña electoral, habrá evitado también cualquier referencia a la Alianza? Un error básico de cálculo parece haber consistido en creer que los latinoamericanos se darían cuenta de inmediato de que los hilos que se movían tras este nuevo proyecto de ayuda eran del todo diferentes de los hilos que ellos han conocido en el pasado: los planificadores ignoraron u olvidaron la resistencia adquirida por Latinoamérica hacia cualquier presión proveniente del norte. Las exhortaciones llamando al automejoramiento y a la responsabilidad colectiva fueron absorbidas por los viejos resentimientos y surgieron de ese proceso de absorción como meramente otra directiva de Washington. No puede olvidarse tampoco que la urgencia de generar transformaciones sociales se fundó en el temor al castrismo. En realidad, Washington no ha intentado desvincular esos dos aspectos de su política interamericana. Se estimula a los latinoamericanos a construir escuelas u hospitales, mas no porque éstas sean cosas sensatas que les convenga hacer para su propio beneficio, sino porque, curiosamente, se cree que son escudos contra la difusión de las doctrinas comunistas.

El resentimiento contra la “interferencia” norteamericana —aun cuando los fines parezcan acertados a los observadores exteriores— es naturalmente más vigoroso en aquellos países que se creen más capaces de tomar y poner en práctica sus propias decisiones económicas. Brasil, que ha recibido una gran cantidad de fondos americanos, lucha continuamente contra las normas relativas a cómo deberían ser gastados —aun cuando algunos brasileños llegan tan lejos como cierto economista que recordaba nostálgicamente los días de los empresarios republicanos de dura cabeza que precedieron en el poder a los “bienhechores” demócratas. Los mexicanos, embelesados con sus propias tradiciones revolucionarias, están no menos convencidos de que EUA no debe ni puede darles enseñanzas sobre prioridades sociales. “Tendrán que aprender que han de usar nuestro dinero a nuestra manera”, dicen los norteamericanos. ¿Pero acaso es éste el esfuerzo conjunto que se había planeado?

Los latinoamericanos ponen de relieve que si EUA desea realmente ayudar a sus vecinos del sur a salir de su pobreza, hay tres cosas útiles que podría hacer: proporcionar créditos a largo plazo para compras de equipo de capital; proveer la asistencia técnica sin la cual no pueden pasarse la mayor parte de esos países y, sobre todo, hacer compras más generosas a Latinoamérica y hacer sentir su peso en favor de los países subdesarrollados en sus esfuerzos por mejorar los términos del intercambio comercial que realizan con el exterior. Se dan dólares a un gobierno para apoyar su balanza de pagos —dicen los latinoamericanos— pero al mismo tiempo se establece una cuota restrictiva para el producto que aporta más divisas a ese país. Se describe a la Alianza como una

estación de retroimpulso: la ayuda proporcionada se desvanece de nuevo a través del deterioro de los términos de intercambio comercial.

Tal es el punto de vista latinoamericano: que se les proporcione más capital o que se les permita ganarlo, y luego manejar las cosas. Pero si fuera necesaria una prueba, la historia de Venezuela demuestra que ni siquiera una amplia provisión de divisas conduce automáticamente a un gasto sensato y ciertamente tampoco a un reparto general más justo. EUA está todavía con los mismos problemas que tenía en el momento de lanzar la Alianza. Cómo demostrar, primero, que su política vale la pena y, segundo, que para que funcione tiene que ser una empresa conjunta.

Sería más fácil convencer a los latinoamericanos de la parte que desempeñan en el proyecto si no se hallaran todos los órganos de la Alianza en Washington, y si no recayeran todas las principales decisiones políticas en algún punto situado entre la Casa Blanca y el Departamento de Estado. El sueño del presidente Kennedy de una revolución pacífica desapareció en el seno de la Agencia Internacional de Desarrollo, que hizo todo lo posible por absorberla como una parte de su trabajo normal. La Agencia distribuye la mayor parte de los fondos para el programa de la Alianza prestándolos a tipos de interés muy bajos para diversas formas de desarrollo infraestructural. La mayor parte de la cantidad restante se canaliza bien sea a través del EXIMBANK o del Banco Interamericano de Desarrollo, el cual administra un fondo fiduciario especial para el progreso social destinado a proyectos tales como la construcción de habitaciones para sectores de bajo ingreso, colonización de tierras o aprovisionamiento de agua.

La falla de toda esta red es que no ofrece una oportunidad continua para la discusión entre los americanos del norte y del sur. EUA puede combinar sus propios programas, pero los latinoamericanos, quienes se hallan en el término receptor del sistema, están frecuentemente a oscuras respecto de los mismos. El Dr. Felipe Herrera, presidente del Banco Interamericano, argumenta acertadamente la necesidad de dos cuerpos permanentes interamericanos: alguna especie de parlamento hemisférico que debiera actuar como foro para la exposición y discusión de las ideas; y, una institución económica y técnica constituida siguiendo los lineamientos de la organización europea para la cooperación económica y el desarrollo. Pero dado que las funciones e influencia de la presente organización de Estados Americanos se hallan perdidas en una triste obscuridad ¿podrían sobrevivir de manera más saludable las nuevas organizaciones formadas bajo diferentes normas?

Deseable como puede ser el atraer a más latinoamericanos a la estructura administrativa de la Alianza, tal aspecto del problema es meramente marginal. La cuestión importante a la que se enfrenta la Alianza y a la cual debe responderse con prontitud, consiste en si los formuladores de sus políticas están decididos o no a sujetarse a los propósitos originales del programa y aceptar las consecuencias tal como vengan. Actualmente, el acento se ha puesto en “vender” la Alianza a los empresarios recalcitrantes. La contracción de las inversiones petroleras en Venezuela se tradujo en una salida neta de capital privado norteamericano de la región durante los primeros 9 meses del año pasado. Cierto número de inversionistas estadounidenses han empezado a manifestar su descontento por los prejuicios socialistas de la Alianza: por su énfasis en la planeación económica, la ayuda de gobierno a gobierno —incluso para países inusualmente hostiles al capital privado extranjero— y en las reformas sociales. Tal vez sea alentador que cuando menos ellos estén tomando en serio los objetivos del programa.

Hoy en día, y a pesar de que está haciendo lo que nunca hizo antes, EUA está notablemente falto de amigos en América Latina. La derecha, la aristocracia terrateniente y algunos de los estratos empresariales medios, se sienten defraudados por los principios mismos de la Alianza; la izquierda se muestra escéptica respecto de la ejecución radical del programa. Presentar la Alianza como carne y hueso del anticubianismo tiene para la administración estadounidense obvias ventajas políticas internas, pero deja un rastro de confusión: ¿Se quiere socialismo para expulsar al socialismo? Las diferencias económicas entre una y otra forma de socialismos aparte de los matices políticos no son siempre muy claras. En un informe al Comité de Asignaciones del Senado de EUA, el senador Hubert Humphrey puso de relieve este aspecto de la cuestión: